



Las transformaciones de Aldonza Lorenzo

Mario M. González
Universidade de São Paulo

RESUMEN:

Aldonza Lorenzo aparece en el *Quijote* tan solo como la base real en que se apoya la creación de la dama del caballero andante, Dulcinea del Toboso, a partir del pasado enamoramiento del hidalgo por la labradora. No obstante, permanece en la novela como una referencia tanto para don Quijote como para su escudero. Para el caballero, lo que permite esa aproximación es la hermosura y la honestidad de una y otra, exactamente los atributos que Sancho Panza niega radicalmente en Aldonza para crear lo que puede llamarse una «antidulcinea». A la obsesión de don Quijote por desencantar a Dulcinea, parecería subyacer la de salvar la hermosura y honestidad de Aldonza Lorenzo. De hecho, cuando todos los elementos de la realidad son paulatinamente recuperados por el caballero en su vuelta a la cordura, la única excepción es Aldonza Lorenzo, de quien Alonso Quijano sugestivamente nada dice antes de morir.

ABSTRACT:

Aldonza Lorenzo appears in Cervantes's *Don Quixote* merely as the source that gave birth to the knight-errant's imagined ladylove Dulcinea del Toboso ever since the Hidalgo fell in love with the farm girl in the past. However, Aldonza Lorenzo remains a reference to Don Quixote and his squire Sancho Panza throughout the novel. For the knight, beauty and honesty approximate both girls, the real and the imaginary, while his squire denies those virtues in Aldonza creating what can be defined as an «anti-dulcinea». Regaining Aldonza Lorenzo's beauty and honesty underlies Don Quixote's obsession to break the spell suffered by Dulcinea. In fact, once the knight returns to sanity and accepts all the elements of his reality, Aldonza Lorenzo is the exception: Alonso Quijano intriguingly says nothing about her before dying.

Tal vez uno de los personajes menos estudiados de *Don Quijote de la Mancha* y más abiertos a la imaginación del lector sea la campesina Aldonza Lorenzo. Muy poco sabemos de esa mujer a la que nunca vemos aparecer por sí misma en la obra de Cervantes, a la que ninguno de los personajes encuentra nunca, que es la base de un motivo central del *Quijote* y a la que se tiende a imaginar con frecuencia de una manera negativa. Pretendemos aquí considerarla como personaje al que se refieren tanto don Quijote como Sancho

Panza. No es nuestro propósito analizar el personaje Dulcinea del Toboso, a no ser en la relación que, explícita o implícitamente, establecen entre ella y Aldonza Lorenzo tanto el caballero como su escudero.

Cuando Alonso Quijano decide «hacerse caballero andante» (I, 1, 40),¹ tras recuperar las armas de sus bisabuelos, bautizar su caballo y darse nombre caballeresco a sí mismo, «se dio a entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse» (I, 1, 43). No nos parece que quepa entender a Dulcinea, como lo hace Riley (168) como «un añadido tardío a los preparativos de don Quijote para iniciar su carrera como caballero errante». Está claro que ella cierra el conjunto esencial iniciado por las armas y el caballo. La dama es así un objeto indispensable en la composición del caballero don Quijote, ya que el amor es una obligación caballeresca, no un sentimiento. Y la dama tendrá que adecuarse a esa función, tanto como las armas o el caballo de don Quijote, para que el caballero pueda enviarle los vencidos, como queda claro en el párrafo siguiente de la obra.

Pero, así como las armas son las de sus bisabuelos y el caballo es el único («su rocín») que Alonso Quijano tiene, la dama estará apoyada en una mujer real, «una moza labradora de muy buen parecer» (I, 1, 44), habitante de un lugar cerca del suyo, llamada Aldonza Lorenzo. El motivo para elegirla a ella y no a otra sería que se trata de alguien «de quien él un tiempo anduvo enamorado (aunque, según se entiende, ella jamás lo supo ni le dio cata dello).» (I, 1, 44). Con eso, en contraposición a las armas y el caballo, ahora, además del sentido objetivo (cumplir la función de dama de un caballero), tenemos una base subjetiva: Alonso Quijano anduvo enamorado de ella, aunque ni ella lo percibiese ni él se lo hiciese saber. Más tarde (I, 25, 310), don Quijote mismo da detalles de sus amores por Aldonza Lorenzo: fueron siempre platónicos y no pasaron de haberla mirado cuatro veces en doce años, de las cuales apenas vez su mirada habría sido percibida por Aldonza. Y no cabe duda de que, como quiere Endress (25), con la nueva identidad de Aldonza Lorenzo, Alonso Quijano transforma definitivamente ese amor en un ideal platónico. Sin embargo, si las armas están enmohecidas e incompletas y el caballo es solo piel y huesos, por el contrario, la dama es una mujer joven («moza») que vive de su trabajo («labradora») y es bella («de muy buen parecer»), o sea, es honesta y hermosa.

Eso, además del callado amor de Alonso Quijano por ella, es todo lo que sabemos de Aldonza por boca del narrador, cuya neutralidad hasta aquí parece aceptable. Y esta transformación de una campesina en dama de caballero andante (que no equivale al aprovechamiento de las armas y del caballo, carentes de la calidad imprescindible) aunque parezca radical, no anula la existencia del objeto; ni niega sus cualidades. Estas son preservadas. Más aún, «Aldonza», como expone en nota Joaquín Forradellas en la edición que utilizamos (44, n. 76), se asociaba por entonces al nombre de mujer «Dulce» con lo cual el vínculo del nombre escogido, Dulcinea, con Aldonza sería explícito. Y si el nombre de la dama distancia al objeto de la realidad al cambiar el original, lo prende a ella al identificar su patria, como llamará más tarde don Quijote al Toboso (I, 13, 141). Con ello, se establece una doble relación que permite imaginar que si don Quijote tiene en Dulcinea su dama, el hidalgo Alonso Quijano no pierde de vista en su locura a la aldeana del Toboso. Como

1.- Las referencias a *Don Quijote de la Mancha* corresponden a la edición dirigida por Francisco Rico (Barcelona: Instituto Cervantes / Crítica, 1999). En adelante indicaremos, como aquí, la parte, el capítulo y la página, entre paréntesis.

veremos, Aldonza Lorenzo, aunque se la designe a veces como Dulcinea del Toboso —o por eso mismo— subyace claramente a la creación de su dama por don Quijote.

Por otro lado, no deja de ser curioso el paralelo que se establece en la elección de los nombres que Alonso Quijano escoge para los protagonistas de su aventura: lo ficcional de «don Quijote» se complementa con el dato real «de la Mancha», de la misma manera que el nombre inventado «Dulcinea» se amarra a la realidad geográfica del «Toboso». Parece haber una voluntad del hidalgo de preservar su identidad y la de Aldonza.

Don Quijote sale a cumplir su propósito, solo en su primera salida y acompañado de Sancho Panza en la segunda. Pero no mencionará sino muy tarde y por una única vez a Aldonza Lorenzo. Inicialmente tan solo existe Dulcinea del Toboso, no como imagen, sino como función. En la primera salida ella le sirve a don Quijote que, como caballero andante, debe cumplir el ritual de estar enamorado de su dama (I, 2, 47; I, 4, 67), invocar-la cada vez que emprende una aventura (I, 3, 58) y declararla motivo de estas (I, 5, 73).

Después, en la segunda salida, ya con Sancho Panza, este oye hablar por primera vez de Dulcinea del Toboso cuando don Quijote la invoca al embestir contra los molinos de viento (I, 8, 95-96). Tras dicha aventura don Quijote no duerme por pensar en ella, a imitación de los caballeros andantes (I, 8, 98). Dulcinea del Toboso es explícitamente mencionada después (I, 8, 101 y 103), cuando don Quijote ataca a los acompañantes de la dama vizcaína, a la que toma por princesa secuestrada y a quien pide que vaya al Toboso a narrar su hazaña a Dulcinea. Esa aventura, como se sabe, queda interrumpida hasta que el narrador cuenta haber encontrado la continuación de la historia de don Quijote.

En el hallazgo de esa continuación Aldonza Lorenzo, aunque no se la nombre, cumple un papel importante. En efecto, alguien anotó en árabe al margen de un manuscrito en esa lengua (que así el «segundo autor» identifica como parte de la historia de don Quijote) que «Esta Dulcinea del Toboso [...] dicen que tuvo la mejor mano para salar puercos que otra mujer de toda la Mancha» (I, 9, 108). Lo que sorprende es que ese «alguien», un lector de la historia de don Quijote —que, por otro lado, tenía referencias de Aldonza Lorenzo, identificada por él como una mujer del pueblo— se refiere a ella denominándola como don Quijote lo haría: «Dulcinea del Toboso». Es ya un indicio de un contagio que alcanzará al propio Sancho Panza después.

En la continuación de la aventura, tras la victoria de don Quijote, las damas parten sin preguntar quién fuese Dulcinea y prometiendo que el escudero derrotado iría a presentarse ante Dulcinea del Toboso (I, 9, 111-112). Después, don Quijote encuentra a los cabreros y, a través de estos, conoce la historia de Marcela y Grisóstomo y se pasa la noche pensando en su señora, «a imitación de los amantes de Marcela» (I, 12, 135).

Tiene lugar después, en el diálogo de don Quijote con el caminante Vivaldo y tras la afirmación de aquel de que «no puede ser que haya caballero andante sin dama», la primera descripción que el caballero hace de su dama (I, 13, 140). En ella, Dulcinea goza de una calidad y perfección que le vienen del hecho de ser la dama de don Quijote. Y su belleza es la que los poetas dan a sus damas. O sea, Dulcinea del Toboso es, claramente, imaginación de don Quijote que idealiza una mujer real (Aldonza Lorenzo) y le confiere los atributos que la literatura otorgaba a los personajes que cumplían su función. O, como quiere Morón Arroyo (202), «Dulcinea es en la primera parte Aldonza Lorenzo elevada por el 'ingenio' suelto del caballero a su mundo de ilusión». Además de la belleza, don

Quijote proclama la alcurnia de Dulcinea, que implícitamente conllevaría la honestidad. Ambos atributos coinciden con los que el narrador atribuyó antes a Aldonza Lorenzo («una moza labradora de muy buen parecer») y que después veremos ser defendidos por don Quijote como aquello que a él le basta saber de su dama.

La novedad ahora es que Sancho Panza, al escuchar a su amo, al que cree en todo, por primera vez encuentra bases para dudar sobre la princesa Dulcinea del Toboso, ya que vive cerca de esa aldea y nunca tuvo noticia de ella (I, 13, 143). Pero nada dice.

Dulcinea seguirá cumpliendo esa función de dama de don Quijote, sin nuevas ni mayores identificaciones, hasta que, al llegar a Sierra Morena, don Quijote anuncia a Sancho Panza su propósito de hacer que el escudero lleve una carta a Dulcinea del Toboso (I, 23, 253), determinación que don Quijote cumple después (I, 25, 270-290). Sancho Panza accede a llevarla (aunque nada sepa de la realidad de Dulcinea todavía) porque le interesa la libranza por los tres pollinos que don Quijote le había prometido y que le permitirá reponer la falta de su rucio robado por Ginés de Pasamonte poco antes.

Es entonces cuando don Quijote se refiere claramente a Aldonza Lorenzo bajo el nombre de Dulcinea del Toboso. Al imaginarla recibiendo la carta (I, 25, 282) revela que ella no sabe escribir ni leer, que jamás vio carta suya, que sus amores (los mismos amores, suponemos, a que el narrador se refirió al comienzo de la obra) han sido platónicos, limitados a un «honesto mirar»; que ese mirar, en doce años de amores de él por ella, se ha limitado a verla cuatro veces y que es posible que tan solo una vez ella se haya percatado de eso. No vemos que haya «inconsecuencia», como se ha pretendido (véase Morón Arroyo 200), entre el «de quien él un tiempo anduvo enamorado» del capítulo I y esta declaración de don Quijote. Son dos voces, la del narrador y la del protagonista, sobre el mismo hecho. La leve discrepancia no debe sorprender; al contrario, forma parte de la esencia del libro de Cervantes. Entendemos, por otro lado, que esos amores de Alonso Quijano por Aldonza están marcados por la imposibilidad: se trata de un hidalgo cincuentón distante de la campesina joven. Ya se ha apuntado también la posibilidad de que los lectores atribuyesen origen morisco a la labradora, lo que la distanciaría más aún del hidalgo cristiano (nuevo o viejo). Pero la locura le permite a este aproximarla al hacer de la idealización de su imagen una función esencial al caballero andante.

De inmediato don Quijote revela la clave de todo: Dulcinea del Toboso (él no dice Aldonza Lorenzo) es hija de Lorenzo Corchuelo y Aldonza Nogales. Al instante, Sancho Panza identifica a Dulcinea del Toboso con Aldonza Lorenzo (con lo que don Quijote concuerda) y declara conocerla bien. Y la describe bastante masculina, fortachona, con una voz nada delicada, nada melindrosa, con mucho de «cortesana» (o sea, prostituta),² y burlona. Estima Sancho (I, 25, 283) que Aldonza Lorenzo bien merece que don Quijote haga locuras por ella y dice él mismo desear volver a verla, aunque la supone cambiada por el clima (284). Declara su engaño hasta el momento, al creer que Dulcinea del Toboso

2.- Tanto para este sentido de «cortesana» como para el complemento de esa imagen de mujer fácil que en seguida Sancho construye en relación a Aldonza, mediante el posible significado obsceno de su referencia a las labores campesinas de esta («rastrillando lino o trillando en las eras», dice Sancho en el texto), véanse las notas de Joaquín Forradellas, en la edición del *Quijote* que utilizamos (283, n. 87 y 284, n. 89). Un lector del *Quijote*, contemporáneo de Cervantes, el autor del *Quijote* apócrifo, hace que Sancho explicita el sentido de ese calificativo aplicado a Aldonza al substituir por dos veces lo que entendemos ser «puta» por puntos suspensivos (Fernández de Avellaneda, 74). Esa imagen explica la reacción inmediata de don Quijote y nos lleva a resumirla en la condición de prostituta que el escudero así atribuye a la campesina.

fuese realmente una princesa, pero, al no serlo, no ve sentido en enviarle los vencidos o libertados por don Quijote, ya que, al verla en labores campesinas, ellos quedarían avergonzados y ella enfadada. La reacción de don Quijote es llamar necio a Sancho Panza declarar que para lo que él quiere a Dulcinea del Toboso «[ella] tanto vale como la más alta princesa de la tierra». Porque (aclara) ni ella ni las demás damas de la literatura ficcional son de carne y hueso. A él le basta pensar que «la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta, y en lo del linaje, importa poco»; y añade: «y yo me hago cuenta que es la más alta princesa del mundo» (285). Es esta la única oportunidad, en toda la obra, en que don Quijote nombra a Aldonza Lorenzo, pero ello basta para que se pueda admitir lo que sostenemos: la campesina subyace siempre, con su belleza y honestidad, a la imagen de Dulcinea del Toboso elaborada por don Quijote, en la que son esenciales exactamente esos dos atributos. Entendemos con Endress (26) que «en la Primera Parte, don Quijote es todavía plenamente consciente de que desde luego cabe distinguir entre la realidad y la ficción o el ideal voluntariamente impuesto, entre la campesina Aldonza Lorenzo oriunda del Toboso y Dulcinea».

O sea, don Quijote acepta que él se ha valido de una mujer para construir una imagen necesaria a su condición de caballero andante. Esa mujer (Aldonza Lorenzo) posee realmente (como ya vimos por la descripción inicial del narrador del *Quijote*) lo que es imprescindible: la belleza y la honestidad;³ y sobre eso don Quijote puede construir lo que desee. Con esto, al coincidir la imagen que de Aldonza Lorenzo nos ofrece don Quijote con la inicial del narrador, cabe una vez más pensar que si Alonso Quijano ha compuesto la imagen de don Quijote y actúa en función de ella, se ha reservado, sin embargo, la conexión objetiva entre lo que define a Dulcinea y lo que Aldonza realmente es.

Pero, por otro lado, cabe la pregunta: ¿Por qué Sancho Panza, que dice conocer a Aldonza, le quita exactamente esos dos atributos? Tal vez la respuesta pueda llegarnos más adelante. Al verse contrariado, Sancho da la razón sin más a don Quijote. Porque lo que a él le importa es ir en busca de los tres pollinos; y prefiere dejar a su amo en su universo de fantasías que él no tiene cómo ni por qué discutir. Después, don Quijote escribe y lee en voz alta la carta de amor a Dulcinea del Toboso (que Sancho Panza elogia) y luego la libranza (286-287). Y Sancho Panza parte sin presentar ninguna duda sobre el lugar donde podrá encontrar a esa Dulcinea de su amo que ahora él identifica con Aldonza Lorenzo.

Más adelante, como sabemos, al encontrar al cura y al barbero que andan en busca de don Quijote, Sancho Panza les cuenta que ha dejado a su amo haciendo penitencia en Sierra Morena y que llevaba una carta de este para Dulcinea del Toboso, hija de Lorenzo Corchuelo (*sic*), de quien don Quijote estaba totalmente enamorado (I, 26, 295). Cuando le piden la carta para verla, como se sabe, Sancho Panza repara en que no lleva el libro de memorias, porque quedó con don Quijote. Y él pasa a lamentar la pérdida no de la carta, sino de la libranza. Y si la libranza podrá ser rehecha por don Quijote, Sancho Panza ya no se preocupa y declara que sabe la carta de memoria, pero lo que hace es repetir disparates que juzga equivalentes al texto de don Quijote.

3.- En el capítulo siguiente, ya a solas, don Quijote insistirá en la honestidad de su Dulcinea, aunque sea mediante la cómica asimilación (que parecería invertir el sentido) de la frase popular: «mi Dulcinea [...] está hoy como la madre que la parió» (I, 26, 291) en lugar de «como la madre la parió».

Con eso Sancho Panza regresa y, tras reencontrarse con don Quijote, ambos pueden conversar sobre la embajada de Sancho Panza (I, 30, 356-357). Don Quijote pide cuenta detallada del encuentro de Sancho Panza con Dulcinea del Toboso. Y Sancho Panza confiesa no haber llevado el original de la carta, con lo cual don Quijote debe concordar, ya que él mismo ha percibido que el libro de memorias había quedado en su poder; pero dice haber pensado que Sancho Panza volvería a buscarlo. Y es entonces cuando Sancho Panza miente: dice haberse aprendido la carta de memoria y haberla hecho trasladar por un sacristán. Y miente también sobre su encuentro con Dulcinea del Toboso. Sigue luego (I, 31, 357-364) la más famosa oposición en la imagen de Dulcinea del Toboso, que ambos aceptan ser Aldonza Lorenzo, solo que don Quijote quiere que se la describan como él la piensa y Sancho Panza se la describe como la quiere pensar él mismo. O sea: ni uno ni otro se atienen a la realidad. Don Quijote quiere que Sancho Panza le diga que Aldonza Lorenzo es una princesa. Sancho Panza la vuelve a pintar hombruna, inventado una respuesta de Dulcinea del Toboso. Inventa también que el vizcaíno fue a verla y no así los galeotes, así como haber recibido de regalo no joyas sino un queso de oveja. Después Sancho Panza aceptará la complicada historia que don Quijote hace sobre las damas que son servidas por muchos caballeros sin que eso mengüe su honestidad. ¿Por qué Sancho Panza acepta todo lo que su amo inventa, menos lo que se refiere a la imagen y conducta (la belleza y la honestidad) de Aldonza Lorenzo / Dulcinea del Toboso? Tal vez eso se empiece a aclarar luego, cuando el narrador nos dice que, en verdad, aunque Sancho Panza «sabía que Dulcinea era una labradora del Toboso, no la había visto en toda su vida» (364). Para el lector empieza a quedar en el aire una enorme duda: Sancho Panza identificó de inmediato a la hija de Lorenzo Corchuelo y Aldonza Nogales (I, 25, 283) y dice conocerla bien. Pero el narrador (el mismo que nos ha dicho que Aldonza Lorenzo era una joven y bella campesina) informa que Sancho Panza nunca la había visto. Sería una paradoja más de las tantas que Cervantes siembra en el *Quijote*. Pero cabe conciliar esos opuestos: En realidad, a quien Sancho Panza jamás ha visto, es a la Dulcinea del Toboso de don Quijote, así como tampoco ha visto a esa «antidulcinea» que él ha inventado. Miente en la imagen que él construye de Aldonza / Dulcinea, exactamente opuesta a la de su amo. Porque tal vez sea esa la manera que Sancho Panza encuentra para intentar desmontar la imagen construida por don Quijote, montando otra lógicamente más próxima a la realidad y que se opone diametralmente a aquella. ¿Disputa por el poder? Sancho Panza sabe que, en el universo de don Quijote, la pieza clave es Dulcinea del Toboso. Como expone Edwin Williamson (11), «la tarea de hacer coincidir a Aldonza Lorenzo con su identidad caballeresca de Dulcinea del Toboso constituye el hilo unificador de la parodia cervantina». Desmontada esa coincidencia, todo ese universo se vendría abajo. Y Sancho Panza lo conseguirá en la *Segunda parte* por una enorme casualidad que se une a su capacidad inventiva al tener que zafarse del aprieto en que lo ha puesto su mentira. Puede haber algo más: para negar que Aldonza Lorenzo sea una princesa Sancho Panza la rebaja al otro extremo: el de una mujer al alcance de cualquiera, de él mismo, por ejemplo, ya que manifiesta su deseo de verla nuevamente, pero que él parece no pretender al situarla por debajo de su propia condición de campesino. Inconscientemente, cabría decir, Sancho Panza expone también su deseo por la bella y joven campesina que don Quijote subtrae a su universo labriego al declararla princesa.

No puede dejar de tenerse en cuenta, al analizar las relaciones de don Quijote y Sancho Panza con Aldonza Lorenzo / Dulcinea del Toboso en la narración cervantina, el fuerte simbolismo que ellas encierran. El hidalgo que enloquece opta por aferrarse a una mínima expectativa de correspondencia amorosa para fundar sobre ella un universo absolutamente idealizado, en el que hace posible el amor, pautado por los libros de caballería. Compensa, con ello, la frustración y satisface sus deseos. El campesino, a su vez, se ve colocado ante un universo amoroso distante de su realidad, pero que se apoya en un segmento de ella: una campesina, que, en principio, él puede desear y hasta poseer. Opta por no admitir la elevación que hace don Quijote de ese objeto. Y lo rebaja a un nivel en que esa posibilidad de posesión sea tan nítida como parecería ser la del amor caballeresco de don Quijote por Dulcinea. Pone claramente en paralelo su apetito sexual y ese amor de don Quijote. Dos actitudes extremas que, una vez más, significan el análisis de las posibles opciones del ser humano, en este caso, del hombre ante la mujer. En ambos casos, estaríamos ante productos de la represión (véase Aveleyra 472, *apud* Montero Reguera 171), en un caso «sublimando al objeto erótico hasta espiritualizarlo por completo»; en el otro «dejándolo como objeto erótico: deseable pero inaccesible».

En la *Segunda parte*, don Quijote y Sancho Panza van al Toboso en busca de Dulcinea. De acuerdo con Edwin Williamson (11-14) la embajada de don Quijote a Dulcinea es «un paso absolutamente necesario en su campaña de restauración del mundo de la caballería andante». Por eso, cuando «Sancho viene con la noticia de que ha visto a Dulcinea y de que ella ha aceptado el servicio de amor del caballero», la alegría colma a don Quijote. Así, «el siguiente paso lógico dentro del esquema caballeresco será, para él, visitar a Dulcinea». Las circunstancias posponen esa visita. «Pero, aún así, tenemos en embrión una línea narrativa central que incluye la relación entre el demente caballero, su supuesta dama Dulcinea y Sancho Panza». Cervantes, en el *Quijote* de 1615, «empieza a advertir la lógica narrativa latente en las aventuras del trastornado caballero»; y la «segunda parte da forma a la primera, dotando a la novela de un propósito coherente». Dentro de ello, «la decisión del caballero de ir al Toboso retoma el hilo narrativo que había sido dejado en suspenso en el capítulo 31 de la primera parte».

Caballero y escudero llegan a su destino al anoecer (II, 8, 694), ambos afligidos. Porque ni uno ni otro tienen cómo encontrar lo que es tan solo invención de cada uno: ni don Quijote ni Sancho Panza han visto jamás a Dulcinea del Toboso: uno tendría que encontrarla en un palacio; el otro en un prostíbulo, tal vez. Don Quijote decide esperar que sea de noche y Sancho Panza sin más lo acepta. La noche tal vez les permitiese a ambos ver lo que no existía. Ya es de noche cuando don Quijote pide a Sancho Panza que lo lleve al palacio y Sancho Panza dice haberla encontrado en una casa muy pequeña. Con eso, Sancho Panza se ve forzado a encontrar lo que su amo quiere o lo que él ha fabricado. Ni una ni otra cosa existen. Peor para Sancho Panza, que si llevase a don Quijote a la casa de Aldonza Lorenzo, lo que encontrarían sería la joven y bella labradora (la belleza y honestidad que le bastan a don Quijote) y no la hombruna prostituta que él ha inventado. Por eso don Quijote puede declarar a voces (II, 9, 697) que nunca vio a su Dulcinea del Toboso, pues está enamorado de su hermosura y discreción (otra vez la belleza y la honestidad de Aldonza Lorenzo), solo de haber oído hablar de ella. En cómico paralelo Sancho Panza declara que su encuentro con Dulcinea del Toboso ha sido tan solo de oídas, ya

que él jamás la ha visto. Lo que don Quijote no acepta. Tal vez pueda decirse que ni uno ni otro quieren encontrar a Dulcinea: don Quijote porque sabe que ella no pasa de una invención que no ha visto ni podrá ver y que, si encontrase a Aldonza Lorenzo, se vendría abajo la magia de haberla transformado; en cuanto a Sancho Panza, resulta prisionero de su mentira: la «antidulcinea» por él inventada tampoco existe.

Cuando el labrador que pasa no sabe informar sobre el palacio de Dulcinea, Sancho Panza opta por sacar del Toboso a don Quijote llevándolo a un bosque cercano para volver solo a la «ciudad» y darse tiempo de encontrar una salida para la situación en que sus mentiras lo han puesto (II, 9, 699). Así se inicia el incomparable capítulo X de la *Segunda parte* (700-710). Don Quijote manda a Sancho Panza al Toboso para realizar lo que él imagina que deba acontecer. Por su parte, Sancho Panza, no bien se ve libre de la vista de don Quijote, pasa a reflexionar sobre el callejón sin salida en que sus mentiras lo han puesto. Hasta que encuentra la solución: hacerle pasar por Dulcinea del Toboso encantada a la primera labradora que pasase por allí. (Véase que, con esto, Sancho Panza está a punto de aproximarse a la imagen real de Aldonza Lorenzo, ya que, si esa labradora fuese moza y de buen parecer, estaría allí al menos el equivalente de la mujer que le sirvió a don Quijote para idealizarla y la negación de la «antidulcinea» de Sancho). Como sabemos, Sancho Panza se queda haciendo tiempo para que don Quijote piense que él ha ido efectivamente hasta el Toboso. Al ir a regresar, la suerte lo ayuda: ve venir no a una sino a tres labradoras en sendas borricas. Y sale corriendo para anticiparle a don Quijote que allí viene Dulcinea del Toboso con dos de sus doncellas. Y anticipa también una descripción de ellas bien al gusto de don Quijote. Al salir ambos a recibirlas se produce una de las escenas más impagables de la literatura, que no es ni puramente trágica, ni puramente cómica o farsesca, como quiere Auerbach (316 y 321), sino una superación de esa dicotomía, característica que cabe extender a todo el libro cervantino. En este y en el episodio en cuestión (además de la incorporación del humor que permite ver los dos lados de la realidad), estaríamos, en todo caso, ante una «síntesis dialéctica de la farsa y la tragedia», que es como Ruiz Ramón (133) definió acertadamente el *esþerpento* de Valle-Inclán cuyas raíces alcanzan al *Quijote*. Ni se puede limitar la escena a una manifestación de «realismo» (véase Auerbach 320-321) categoría literaria ajena y posterior a la obra.

Don Quijote no ve sino a tres labradoras sobre tres borricos. Sancho Panza, a su vez, jura que se trata de Dulcinea, detiene el paso a las aldeanas, se presenta y les presenta a don Quijote, en términos de caballerías. Y don Quijote, de rodillas, no ve sino a una aldeana fea, «carirredonda y chata» y nada se atreve a decir. La aldeana pide paso y, ante la resistencia caballeresca de Sancho Panza, entiende que son objeto de burlas y suelta el menos delicado de los discursos. Don Quijote, a su vez, en inflamado parlamento, dice entender que ha sido víctima de un encantador. Lo que provoca la sabia reacción de la labradora. Sancho Panza la deja ir, ella aguija a la borrica, que la voltea, y ella torna a montar, ahora a horcajadas (como hombre, bien dentro de la imagen creada por Sancho Panza) de un salto por las ancas, para salir a todo trote junto con sus compañeras hasta perderse de vista. La desolación de don Quijote es total: Sancho Panza le trae a la «antidulcinea» que había inventado (fea, hombruna, maloliente) diciéndole que es la princesa que él debería imaginar. A don Quijote no le quedará sino aceptar que Dulcinea del Toboso está encantada. Con eso, no le cabrá más misión de caballero que desencantarla. En

adelante ya no falsificará la realidad, con una sola excepción, la aventura del barco encantado; será víctima, sí, de las falsificaciones que se extienden a lo largo de la *Segunda parte* y que Sancho Panza ha iniciado con tanto éxito.

Y, acorde con eso, don Quijote ya no expondrá sus desvaríos a partir de la base real de Dulcinea, sino a partir del encantamiento de esta. Nunca más se referirá a Aldonza, ni como tal ni confundida con Dulcinea, aunque para los demás siga claro que esa conexión existe: así es para el Caballero del Bosque (II, 14, 736) y para Sancho (II, 36, 931). Parecería ser que, como dice Endress (28), «don Quijote ha borrado de su memoria el recuerdo de la campesina Aldonza Lorenzo». Pero cabría preguntarse: ¿olvido o coherencia de don Quijote con el universo en que se mueve? Habría dos instancias: la necesidad de, a partir de una mujer real hermosa y honesta, construir la dama imprescindible para ser caballero andante; degradada aquella en su opuesto, se fija esto último como sustituto de aquella base real. Desencantar a Dulcinea podrá así tener también dos dimensiones: recuperar la imagen de la belleza y honestidad de Aldonza Lorenzo, lo que equivaldrá a recuperar la dama del caballero.

Lo que subsiste para don Quijote es la Dulcinea encantada que Sancho le ha mostrado; y así vuelve a verla en sueños en la cueva de Montesinos (II, 23, 826). Ya no cabrán novedades o mayores aclaraciones sobre la relación entre Aldonza y Dulcinea. A ello se sobrepone el hecho del encantamiento de Dulcinea, predominante en el resto del libro.

Cabría concluir aquí que Dulcinea del Toboso es una imagen que, conscientemente, elabora don Quijote para tener una dama y, al mismo tiempo, una imagen que Sancho Panza construye como la negación de la de su amo. Pero Aldonza Lorenzo no es ni una ni otra. No cabe pues representar a Aldonza Lorenzo como la pinta Sancho Panza, así como no cabría representarla como princesa. No es difícil comprobar que, en muchos casos, cuando alguien explicita la imagen que se tiene de Aldonza Lorenzo o cuando se pide al lector del *Quijote* que lo haga, el resultado es la opción por una mujer fea, algo hombruna, quizás; y cuando cabe definir su conducta, la vemos muchas veces representada como una prostituta, similar a aquellas «damas» que don Quijote cree encontrar al llegar a la venta en la que pretenderá ser armado caballero. O sea, los lectores del *Quijote* confunden muchas veces a Aldonza Lorenzo con la «antidulcinea» creada por Sancho Panza. Esto parecería derivarse de una lectura apresurada de la obra. Aldonza Lorenzo no fue nunca sino una «moza labradora de muy buen parecer». Sus transformaciones son obra de los dos lados del ser humano que Cervantes reúne en la pareja don Quijote-Sancho Panza. Aquél necesita una imagen que le permita amar idealmente, dentro de la realidad que él se construye como punto de partida de un mundo soñado. Le bastan para eso la belleza y honestidad que imagina en la labradora que vio cuatro veces. Sancho, por su parte, sabe quién es Aldonza Lorenzo. La conoce, pero quiere imaginarla de otro modo, no solo accesible a su condición de campesino y hombre ya casado, sino por debajo de sí mismo: por eso la hace fea, hombruna y medio prostituta, mujer al fin a la que puede desear como a un objeto. Es en torno a ese objeto que chocan diametralmente don Quijote y Sancho Panza. En ese choque ganará Sancho Panza, gracias a su astuto estratagema a la entrada del Toboso, aunque con ello deje preso a don Quijote a una única misión: desencantarla; y aunque él tenga que pagar el precio de su mentira: otros le inventan que deberá azotarse. Sancho acabará lucrando con eso y zafándose de los azotes. Engañado así por Sancho, don

Quijote pasa a buscar en cada mujer que encuentra a la Dulcinea del Toboso que piensa que verá ya desencantada (II, 72, 1209). En esa actitud cabría entender que subyace un sentido mayor de toda la narración cervantina. Don Quijote habría sido el personaje creado por Alonso Quijano en su locura para intentar cambiar radicalmente la realidad que lo circunda. Cabría imaginar que en ese ataque, inconscientemente, el hidalgo desea romper las barreras que lo separaron de la mujer de la que estuvo enamorado. Transformar a Aldonza Lorenzo en la dama de sus sueños es la manera de legitimar estos. Claramente Don Quijote ha querido y no ha querido encontrarla nunca. Pero actúa por ella y para ella, mucho más cuando descubre que su principal misión sería desencantarla. Al llegar a la aldea de vuelta, él cree haberla cumplido. Por eso, cabría preguntarse: ¿No será que a quien don Quijote (que se aproxima cada vez más de volver a ser Alonso Quijano) busca no es sino a la bella y honesta Aldonza Lorenzo en la que él ahora podría ver a su Dulcinea del Toboso, liberada ya de ser la hombruna y fea campesina del capítulo X? Mas no la encuentra. Y escucha lo que toma por agüero de que no la verá nunca más. A partir de ese momento don Quijote solo menciona a Dulcinea para ver en ella la posible pastora objeto de los amores del pastor Quijotiz en que se propone transformarse. Pero cae enfermo, duerme de un tirón más de seis horas y despierta otra vez Alonso Quijano, el Bueno. Esa cura de don Quijote no sería repentina: parece mucho más el producto de un proceso de recuperación de la realidad, que se inicia con su derrota por el Caballero de la Blanca Luna y que se extiende a lo largo del camino de regreso. En esa recuperación, queda un vacío: no haber encontrado a Dulcinea desencantada, conforme era de prever. Eso queda claro cuando Alonso Quijano, que fue quien inventó a don Quijote, pide disculpas por las locuras de aquel, pero, aun cuando es estimulado (primero por Sansón Carrasco y después por Sancho Panza), jamás vuelve a hablar de Dulcinea del Toboso, ni para condenar también esa locura y negarla, ni para aclarar su fundamento. Mucho menos menciona a Aldonza Lorenzo, aun cuando en su testamento se refiera a todos los que le rodearon. Se ha cerrado así el capítulo más íntimo de la tragedia del Caballero de la Triste Figura. Muere Alonso Quijano llevándose consigo a la tumba el secreto de su amor tal vez vivo todavía por la honesta y hermosa labradora a la que vio cuatro veces. Una de esas cuatro veces ella percibió que era mirada. Eso le bastó a don Quijote para hacer de ella su dama. Los lectores del *Quijote* tampoco nunca la vimos. La vieron, sí, don Quijote y Sancho Panza para hacer de ella cada uno a su modo la mujer de sus sueños. No cabrá verla con ellos ni como princesa ni como prostituta. Fue tan solo una moza labradora de muy buen parecer.

Obras citadas

- AUERBACH, Erich. *Mimesis: la realidad en la literatura*. México: FCE, 1950.
- AVELEYRA, Teresa. «El erotismo en Don Quijote». *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 26 (1977): 468-479.
- CERVANTES, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha*. Edición dirigida por Francisco Rico. Barcelona: Instituto Cervantes / Crítica, 1999.
- ENDRESS, Heinz-Peter. *Los ideales de don Quijote en el cambio de valores desde la Edad Media hasta el Barroco. La utopía restaurativa de la Edad de Oro*. Pamplona: Universidad de Pamplona, 2000.
- FERNÁNDEZ DE AVELLANEDA, Alonso. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Ed. de F. García Salinero. Madrid: Castalia, 1988.
- MONTERO REGUERA, José. *El Quijote y la crítica contemporánea*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 1977.
- MORÓN ARROYO, Ciriaco. «Dulcinea». *En un lugar de la Mancha: Estudios cervantinos en honor de Manuel Durán* (Dopico Black, Georgina y González Echeverría, Roberto, Eds.). Salamanca: Almar, 1999.
- RILEY, Edward C. *Introducción al Quijote*. Barcelona: Crítica, 2000.
- RUIZ RAMÓN, Francisco. *Historia del teatro español. Siglo XX*. Madrid: Cátedra, 1981.
- WILLIAMSON, Edwin. *La trascendencia de la parodia en el Quijote*. São Paulo: Universidade de São Paulo, 1997 (Cuadernos de reciénvenido, 3).

